

plona se mostraron divididos, y aunque la mayoría se mostró favorable al camino de hierro de los Alduides, no se logró la unión de todos los esfuerzos, algo que se notó especialmente entre los diputados a Cortes y los senadores, puesto que hubo defensores de ambos proyectos. Aunque finalmente esta división no fue tan determinante, vistos otros poderosos motivos que se opusieron al ferrocarril alduino, sí puso de manifiesto la disparidad de motivaciones de algunos representantes políticos de la provincia, que muchas veces trabajaron de forma partidista.

Todo indica que, a diferencia de los aragoneses con respecto al proyecto de Canfranc, los representantes navarros en las Cortes tuvieron mucha menor capacidad para hacer que los gobiernos aceptaran el de los Alduides o el del Roncal. Este hecho evidenció que Navarra, tras la última guerra carlista, había perdido peso en el conjunto de la política nacional.

- la falta de apoyo por parte francesa, ya que si bien las instituciones de Bayona se habían mostrado partidarias del trazado de los Alduides por los beneficios que les acarrearía, parece que no supieron o no pudieron influir en su gobierno para construirlo, pues ni siquiera se trató de ello en las conversaciones celebradas entre ambos Estados en 1884. En cuanto al del valle de Roncal, a pesar de que inicialmente fue propuesto junto con el de la Noguera Pallaresa, desapareció de las negociaciones en cuanto los representantes franceses vieron peligrar éste último. Esta falta de apoyo influyó en cuanto que la no-construcción de la parte francesa hizo menos viable la de la parte española, ya por Alduides, ya por el Roncal.

Las crisis de mortalidad en Navarra en el siglo XIX: guerras, epidemias y escasez de subsistencias

Eduardo Martínez Lacabe

Tesis dirigida por Angel García-Sanz Marcotegui y defendida en la Universidad Pública de Navarra el 5 de septiembre de 2003 ante el tribunal formado por: José María Garmendia Urdangarín, presidente; Fernando Mikelarena Peña, Joseba de la Torre, Lola Valverde Lamfus y Juan Madariaga Orbea, vocales, que le concedió la calificación de “sobresaliente cum laude” por unanimidad.

A pesar del notable avance que la demografía histórica sobre Navarra había experimentado en los últimos años (con monografías dedicadas al análisis del hogar y la familia tradicional, el descenso de la natalidad, la mortalidad infantil en Pamplona, etc.), todavía quedaban algunas parcelas por cubrir, como el estudio de la mortalidad general y las crisis de mortalidad en la Edad Contemporánea.

La tesis pretende dar respuesta a un interrogante crucial para conocer la historia contemporánea de Navarra: el de averiguar si el escaso crecimiento durante el siglo XIX, de una de las provincias españolas con menor incremento de población, es atribuible a la larga sucesión de crisis de mortalidad de naturaleza epidémica, bélica, mixta, etc. Concretamente, la guerra de la Convención (1793-1795), la crisis agropecuaria de 1802-1805, la guerra de la Independencia, las epidemias de cólera (1834, 1855 y 1885) y las guerras carlistas (1833-1839 y 1872-1876).

Averiguar en qué medida estas crisis fueron responsables de dicho escaso crecimiento tenía tanto más interés considerando asimismo la disyuntiva planteada por Fernández de Pinedo ya en 1974. Este autor planteó entonces que en el ámbito vasconavarro en la primera mitad del XIX, o bien las consecuencias demográficas de las guerras no fueron tan graves como se había creído, pues en ese periodo creció la población, o bien, si lo fueron, tuvieron que ser atemperadas por otro factor, que cifró en el descenso de la mortalidad infantil y juvenil. Este planteamiento adquiriría un sesgo distinto en Navarra considerando que tal descenso de la mortalidad fue menos generalizado.

Aparte de la metódica consulta de la producción historiográfica nacional e internacional, en el trabajo destaca la amplitud y variedad de las fuentes recopiladas: la procedente de los padrones y censos de población del siglo XIX, tanto de nivel general (censos de Floridablanca, Godoy-Larruga, los elaborados por la Comisión Estadística del Reino entre 1857 y 1860 1900), como de ámbito exclusivamente navarro. Entre éstos, los censos ordenados por las Cortes privativas en 1795-1796 y 1816-1817, y los que mandó elaborar la Diputación de Navarra entre 1845 y 1867. Este último, prácticamente desconocido, es muy interesante para analizar las consecuencias de la tercera guerra carlista, pues permite comparar sus datos con el de 1877. El estudio de todos ellos vuelve a poner de relieve el escaso crecimiento de Navarra a lo largo de todo el XIX. Pero el grupo de fuentes más importante es la documentación procedente de los registros parroquiales y de los registros civiles, contabilizándose 94.438 de los primeros y 40.226 de los segundos, esto es, más de 134.000 registros.

Toda esta información fue procesada de acuerdo con la metodología más adecuada, la propia de la demografía histórica, con el fin de elaborar índices, tasas, etc., que permitieron establecer diversas comparaciones. Uno de los índices más interesantes de los empleados es el Del Panta-Livi Bacci (y en menor medida el de Hollingsworth).

En la primera parte de la tesis se analiza la evolución de la mortalidad general, su estructura interna, componentes, etc. Entre los aspectos más destacables de este apartado merece señalarse por su carácter novedoso un análisis sobre causas de muerte (con más de 15.000 expresiones diagnósticas), la confección de tasas de mortalidad para todas las comarcas de Navarra y todos los años del XIX, la elaboración de cocientes de mortalidad infantil y juvenil, así como otros indicadores que establecen diferenciaciones por grupo de edad, sexo, estacionalidad e incluso algunas conclusiones referentes a mortalidad diferencial.

En la segunda parte se aborda la parte central de la tesis, es decir, el estudio exhaustivo de las crisis de mortalidad que afectaron a Navarra a lo largo del XIX, que son las siguientes:

La Guerra de la Convención (1793-1795)

Sus consecuencias se hicieron sentir sobre todo en aquellas comarcas de la Montaña que sufrieron la presencia del ejército francés. El análisis comparativo de los censos anteriores y posteriores a la misma constata el retroceso demográfico de las merindades septentrionales (Pamplona y Sangüesa), algo menor al apuntado por los autores que trataron de esta crisis en su momento. Se indica que, de todos modos, la población total de Navarra era mayor al comenzar el siglo XIX que al principio de la guerra, gracias sobre todo al empuje de las merindades que no sufrieron la presencia de los franceses (Estella, Olite y Tudela), al aumento de la nupcialidad y la natalidad en las comarcas más afectadas, al hecho de que la epidemia de tifus atacó más a los adultos que a los grupos de edad jóvenes –los que tenían que participar activamente en la recuperación demográfica– e incluso a la corta duración de la guerra.

La crisis de subsistencias (1802-1805)

El estudio revela que esta crisis no sólo incidió en la Ribera, sino que también afectó a un buen número de localidades de la Zona Media, sobre todo de la Media Oriental, e incluso de la Montaña, registrándose indicadores de crisis en varias de sus poblaciones (Bertizarana, Salazar y sobre todo, Aoiz). De cualquier modo, independientemente de su intensidad, la recuperación se vio dificultada por otro conflicto de funestas consecuencias (la guerra de la Independencia), que por su cercanía en el tiempo casi permite hablar de la crisis de 1800-1814, y en Navarra, por todo lo dicho, de la de 1793-1814.

La Guerra de la Independencia

Sólo produjo algo más de 2.000 fallecimientos directos en toda Navarra, pero, no obstante, hubo también un aumento de la mortalidad a lo largo de toda la contienda a causa de la progresiva pauperización de los pueblos, causada a su vez por las continuas multas, pedidos y exacciones militares, así como por la propagación de enfermedades de carácter epidémico a nivel local. Los índices obtenidos reflejan crisis al principio de la guerra en la Ribera (1809), y al término de la misma en la Zona Media y la Montaña (1813). El hecho de que la mortalidad volviera a dispararse en la Ribera, como lo había hecho en la crisis de su principios de siglo, evidencia tanto su fragilidad ante cualquier fenómeno adverso, como su enorme vitalidad y capacidad de respuesta a los mismos.

La epidemia de cólera de 1834

El vaciado de los asientos de defunción de 56 localidades permitió analizar uninominalmente 3.703 víctimas (más del doble de la cifra proporcionada por González de Sá-

mano para Navarra), que extrapolada al conjunto de la población permitía considerar unas pérdidas próximas al 3,75%, es decir, unas 10.000 personas. Esta patología estuvo presente en más de cien poblaciones de todas las merindades y en sus localidades más importantes: Pamplona, Tudela, Olite, Sangüesa, Tafalla, Corella, etc., siendo la Ribera Occidental la comarca más afectada. Por el contrario, en la Montaña, con la excepción de la Barranca, el cólera no fue tan expeditivo como en el resto de la provincia, pues sus pérdidas fueron inferiores al 3%. En conjunto, las defunciones registradas en Navarra por esta epidemia fueron menores en porcentaje y número a las de 1855, cuando la práctica totalidad de los pueblos resultaron epidemiados.

La Primera Guerra Carlista (1833-1839)

Esta guerra, nuevamente sostenida sobre el terreno, contribuyó a vaciar las reservas municipales, a los propios municipios y a las fuerzas que los sostenían. Así, fueron enajenadas toda suerte de propiedades públicas (campos, sotos, corralizas, trujales, molinos, etc.), cuyo uso y explotación habitualmente ayudaba a mantener a los menos favorecidos. Además, la guerra obligó a muchos navarros a abandonar sus hogares, ya fuera por convencimiento (alistamiento), por imposición (para eludir represalias físicas o económicas) o por la imposibilidad para hacer frente a las continuas peticiones de uno u otro bando. De este modo, la emigración supuso también el abandono de los trabajos agropecuarios, que eran el asiento principal de la economía navarra. El hecho de que no se conserven las respuestas a la orden que en 1839 mandaba hacer un nuevo recuento de población, impide conocer exactamente como repercutió la epidemia y la guerra en la población navarra. No obstante, todo indica que la crisis de los años treinta fue la más grave de la primera mitad del XIX.

La epidemia de cólera de 1855

Esta epidemia cercenó el crecimiento de la población navarra, ya que afectó a la práctica totalidad de los pueblos. En una muestra de 52 localidades de las 746 contagiadas, que según el censo de 1857 sumaban 105.645 personas (35,52% del total), fueron contabilizadas 6.065 defunciones. De este estudio se colige que las pérdidas de población no debieron de ser inferiores al 5% (unas 15.000 personas), porcentaje superado con creces en muchas poblaciones.

Lo elevado de estas cifras se explica en parte por la gran extensión que adquirió la epidemia, pues con excepciones muy puntuales (Leitza, Saldías, parte de los valles de Erro y Aezkoa, Metauten, Castillonuevo y Ezprogui), llegó a todas las zonas de Navarra. La Ribera, que ya había sido afectada por el pequeño brote del invierno de 1854, no experimentó una mortalidad tan elevada como la de la Zona Media, comarca, ésta, en la que se alcanzaron los indicadores de crisis medios más elevados e importantes porcentajes de pérdida de población. Estas pérdidas todavía son más significativas atendiendo al volumen relativamente importante de alguna de sus poblaciones (Tafa-

lla, que perdió el 16% de su población, Estella; Puente la Reina, Cirauqui, Obanos...) con respecto a localidades de la Montaña, sobre todo teniendo en cuenta que los índices de estas últimas están sobredimensionados por su escasa entidad demográfica.

Con todo, aunque las pérdidas humanas fueron significativas –fue la crisis de naturaleza epidémica más grave de todo el XIX–, no comprometió el crecimiento de la población, puesto que la natalidad se activó tan pronto como terminó la epidemia.

La Tercera Guerra Carlista (1872-1876)

El estudio llama la atención sobre la disminución de población que se produjo como consecuencia de este conflicto, cifrado en cerca de 5.000 personas. La regresión no se produjo únicamente por el número de bajas directas (más de 1.000), sino más bien, por el factor de la emigración y las crisis de mortalidad provocadas por la propia guerra a lo largo de la misma en Tierra Estella (1873), Zona Media y Ribera Occidental (1874), Pamplona (1875) y en las Cuencas Prepirenaicas (1876)

La contienda, como las anteriores, supuso un nuevo obstáculo para el desarrollo socioeconómico de Navarra. El desembolso realizado, estimado a partir del estudio de la documentación procedente de la Secretaría Carlista de Guerra, Juntas de Suministros y expedientes de indemnizaciones de la Diputación liberal, no distó mucho de unos 200 millones de reales, y todavía en 1893, la Diputación reclamaba al Estado más de 41 millones.

La epidemia de cólera de 1885

Fue la de menor importancia de las tres que afectaron a Navarra, provocando la muerte de algo menos de 3.500 personas. Por vez primera, la Montaña resultó indemne, y ciudades muy violentamente atacadas en 1834 y 1855, como Estella, Tafalla o Pamplona, apenas si registraron unos pocos casos. También fue menor el número de pueblos invadidos (81) y muy escasa la pérdida demográfica de conjunto (1%). Por si fuera poco, en la década 1880-1890 se registró el crecimiento más elevado del siglo.

En su parte final, el estudio corrobora que los niveles y evolución de la mortalidad habitual fueron muy diferentes según las zonas de Navarra, destacando sobre todo la dualidad de comportamientos entre la Ribera (un buen ejemplo de la demografía de la *España interior*), y la Montaña, que presentó muchas más concomitancias con la España holohúmeda. Por su parte, la Zona Media, registró unas pautas intermedias entre las del norte y las del sur de la provincia. El trabajo también pone en evidencia la diferencias existentes entre las diversas zonas atendiendo a variables tales como la estacionalidad, las causas de muerte, mortalidad infantil y juvenil, presentación e intensidad de las crisis de mortalidad, etc.

En conclusión, el escaso crecimiento demográfico de la provincia entre 1786 y 1900 (poco más de 80.000 habitantes) estuvo condicionado por las crisis de mortalidad,

aunque sin llegar a justificar este estancamiento suficientemente. Teniendo en cuenta, que entre 1786 y 1860, a pesar de la larga serie de crisis de mortalidad del periodo y de que el descenso de la mortalidad infantil sólo se dio en algunas zonas de la Montaña, la población aumentó en unas 75.000 personas. Sin embargo, desde 1860 a 1900, etapa en la que sólo hubo dos crisis (y una de ellas, la de 1885, menor) y en la que las tasas de mortalidad se fueron reduciendo paulatinamente (si bien en la Ribera en 1900 todavía eran altas), el aumento fue sólo de unas 7.000. Por lo tanto, la tesis respondía así al interrogante que se planteaba en su inicio, afirmando que las crisis de mortalidad en Navarra no fueron lo suficientemente graves como para hipotecar su desarrollo demográfico, ya que su población creció hasta 1860, a pesar de éstas, y máxime teniendo en cuenta además que el descenso de la mortalidad infantil sólo alcanzó a la Montaña. Todo ello permite asimismo afirmar que el cuasi estancamiento de la segunda mitad del XIX tuvo que deberse necesariamente a la emigración, fenómeno demográfico motivado por la penosa situación socioeconómica de Navarra durante aquella centuria, provocada en buena medida por las guerras.

Las inundaciones en el río Arga: Estudio hidrogeomorfológico

Amaia Bescós Atin

El día diez de septiembre de 2003 se defendió en la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid) la tesis doctoral realizada por Amaia Bescós Atin que lleva por título: “Las inundaciones en el río Arga: Estudio hidrogeomorfológico”. El trabajo ha sido dirigido por la Dra. Ana Camarasa Belmonte de la Universidad de Valencia y por el catedrático de la Universidad de Alcalá Dr. José Sancho Comíns. El tribunal, compuesto por el presidente: catedrático Dr. Juan Sanz Donaire (Universidad Complutense de Madrid), secretario: Dr. Fernando Moreno Sanz (Universidad de Alcalá de Henares) y vocales: Dr. Alfredo Ollero Ojeda (Universidad de Zaragoza), Dra. M^a Ángeles Lizarraga Lezaun (Universidad de Navarra) y Dr. Javier López Rodríguez (Universidad Pública de Navarra) otorgó a la doctoranda la máxima calificación por unanimidad: sobresaliente cum laude.

El trabajo de investigación está dedicado al estudio de las crecidas en el río Arga y las inundaciones en su bajo valle desde un punto de vista hidrológico y geomorfológico. Con un planteamiento sistémico y enfoque pluridisciplinar se aborda el análisis de la entrada de agua en la cuenca hidrográfica, la formación de escorrentía superficial, la transferencia del agua a través de la red de drenaje y las inundaciones cuando el caudal supera la capacidad almacenadora del cauce.